

Carta de Argentina

Cabildo abierto

Jorge Andrade

El 19 de diciembre de 2001, minutos después de las once de la noche, el presidente de la república, Fernando de la Rúa, finalizaba el corto discurso en el que anunciaba la instauración del estado de sitio, justificándolo con el argumento de proteger a las personas y sus bienes de los saqueos que, empezados aisladamente cuarenta y ocho horas antes, ese día se habían generalizado, y afirmaba que la política de su gobierno en materia socio-económica seguiría su rumbo inamovible. Tras unos instantes en que la ciudad se sumió en un silencio irreal, aquí y allá empezaron a sonar aislados golpes metálicos. El rumor subió y subió hasta convertirse en un estruendo de cacerolas que se extendió por todos los barrios de la urbe y a él se sumó el estallido de los cohetes que estaban preparados para la Navidad. Al cabo de un rato empezaron a desfilar por las calles columnas de ciudadanos que encaminaban sus pasos espontáneamente a la Plaza de Mayo.

Las arterias adyacentes a la Plaza se cubrieron de ríos rumorosos de vecinos, familias enteras formadas por padres e hijos, adultos, niños y ancianos que hacían sonar los cacharros de cocina y que sólo coreaban una consigna: «¡Que se vayan!».

La ciudadanía, en marcha, convocada por sí misma, sin carteles partidarios y sin líderes, sin French ni Berutti ni sus escarapelas, enarbolando cacerolas y haciendo ondear sólo banderas argentinas, no exigía esta vez, como en mayo de 1810: «El pueblo quiere saber de lo que se trata». El pueblo, esa noche, no quería saber lo que maquinaban las autoridades en sus cabildeos; el pueblo les exigía que le devolvieran el mandato que les había conferido porque se sentía traicionado.

Los cabildantes, que habían aducido la necesidad de proteger a la sociedad contra la violencia de los miserables hambrientos para decretar el estado de sitio, en realidad lo utilizaron para protegerse y ordenaron a la policía despejar la Plaza donde tradicionalmente, desde la época colonial, cuando era la Plaza Mayor, el pueblo se congrega para petitionar a las autoridades. Con una violencia sin causa, dado que la congregación popular era absolutamente pacífica, utilizando gases lacrimógenos, balas de goma y todo tipo de material antidisturbio, la policía mal pagada al servicio del sistema autoritario que funciona como simulacro de democracia en la socie-

dad postindustrial, desalojó la Plaza y persiguió a los manifestantes, sin importarle si se trataba de ancianos o niños, por las calles que desembocan en el centro neurálgico de la política nacional.

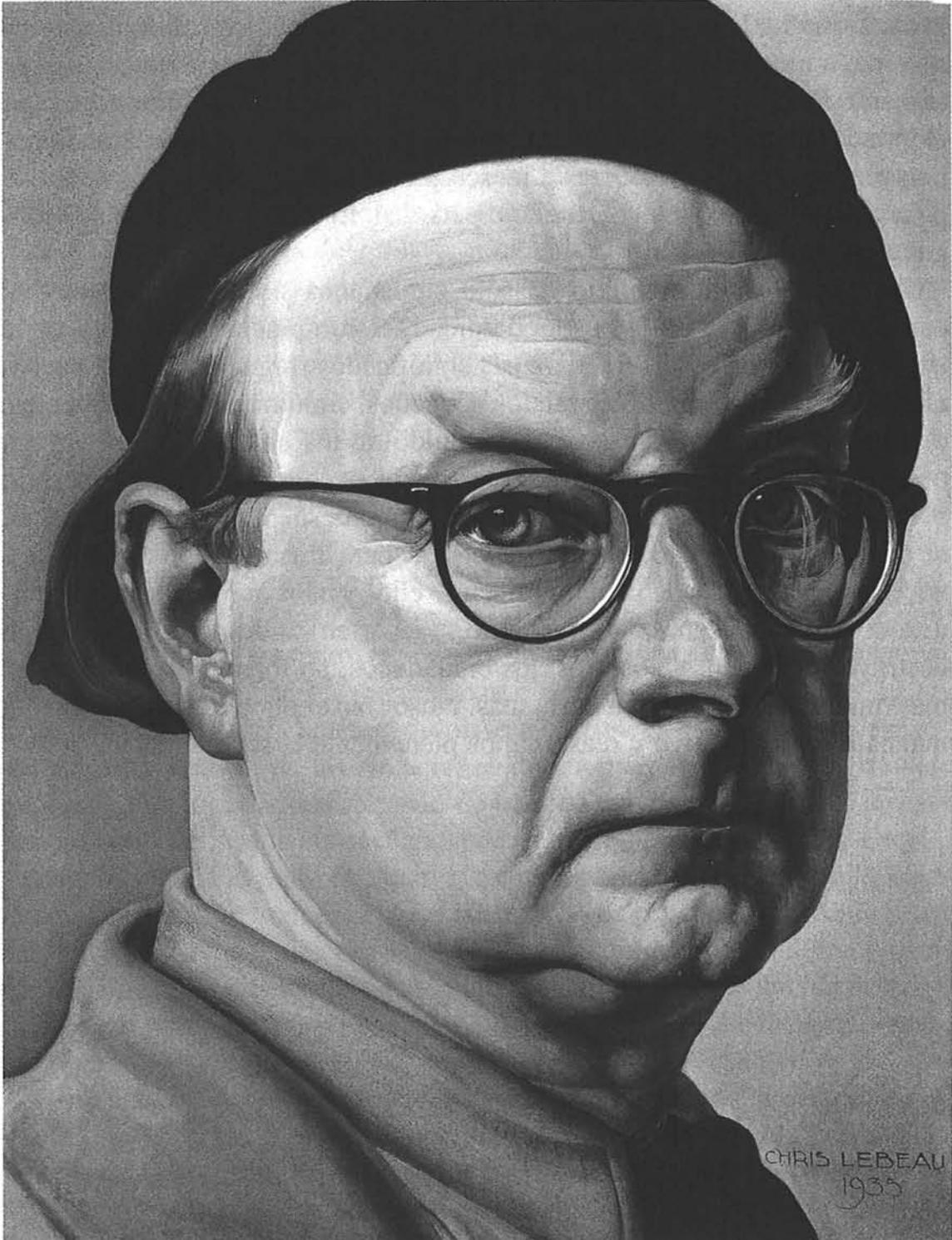
Al día siguiente, y siempre con estado de sitio, la gente volvió a congregarse en la Plaza de Mayo. Esta vez la composición de los manifestantes cambió, observándose que en la vanguardia se situaban jóvenes. Algunos de ellos movidos sólo por la audacia de la edad, otros con más manifiesta experiencia en movilizaciones populares. La orden de proteger los cuerpos intangibles de los gobernantes reforzó la ferocidad policial que produjo multitud de heridos por golpes de bastones y látigos, patadas, pisoteos de cascos de caballos, balas de goma y, al menos, cinco muertos por disparos de armas de fuego. Todo el día fue un flujo y reflujo de la multitud que avanzaba sobre la Plaza y era repelida por las fuerzas de seguridad.

Mientras tanto el presidente y su entorno trataban de ganar tiempo con proposiciones tardías a la oposición y maniobras dilatorias, cuando estaba claro que el reloj que marcaba su tiempo político ya había dado la hora final. Un nuevo discurso, fuera de lugar e irritante por su lenguaje formal, pretencioso y desconectado de la realidad, como lo estuvo siempre el mandatario durante el corto período en que intentó gobernar, tensó aún más la situación. A esta altura, una parte de los manifestantes expulsados de la Plaza de Mayo, de la Plaza del Congreso y de la del Obelisco, vagaba por la ciudad, infiltrada por violentos cuyo fin era destruir y por delincuentes cuyo objetivo era robar. La manifestación pacífica que la noche del 19 al 20 decía «¡Basta!» cívicamente, dio paso a las típicas mesnadas vandálicas que asolan y arrasan en las situaciones de guerra y anarquía. Los treinta muertos y el número indeterminado de heridos con que concluyó el levantamiento popular son la consecuencia de la irresponsabilidad de las autoridades y la violencia policial. Asimismo, testimonios fiables informan que en muchas zonas del conurbano de Buenos Aires provocadores de la propia policía y personal al servicio de algún político, integrante del hoy otra vez oficialismo, a quien el caos resultaba funcional a sus ambiciones, azuzaban a los saqueadores, provocaban el miedo y creaban la discordia entre los vecinos.

Al fin, a las nueve de la noche del 20 de diciembre, ante la evidencia de que la oposición mayoritaria se negaba a darle auxilio y había perdido el sustento político de su propio partido que le recomendaba la renuncia, el presidente se decidió a redactarla y abandonar la casa de gobierno. En sus dos años de desgobierno, el ex presidente de la Rúa, cautivo del capital depredatorio, de sus obtusos consejeros personales y de su propia ineptitud, profundizó la ya aguda pobreza y exclusión de la era Menem hasta los extremos insoportables de hoy.

Ahora el país está nuevamente en manos de los mismos políticos corruptos que acompañaron al ex presidente Menem y que abandonaron cabizbajos el poder cuando el pueblo votó masivamente a la Alianza y les dijo que se fueran. Hoy el pueblo les da la espalda a unos y otros. La clase media, la clase obrera, los sin trabajo, los excluidos gritan por las calles que no los quieren, a ninguno de ellos. No hay formaciones políticas renovadas ni se avizoran líderes de recambio. El modelo neoliberal mafioso que impera en el mundo fue implantado en la Argentina de manera cruel y descarnada por hombres y mujeres mediocres e inescrupulosos que mediatizan la política para usarla en su exclusivo beneficio personal. El pueblo sólo sabe que ninguno le sirve.

Un extraño cabildo abierto de sólo ciudadanos sin representantes que parece una criatura de la postmodernidad, el compinche ideológico de la impostura teórica neoliberal, con sus significados fragmentarios, el pensamiento blando, los múltiples relatos pequeños, simultáneos y equivalentes, de escaso valor. Sin embargo, este cabildo de los ciudadanos del común tiene otra significación y otro alcance: es el pueblo que busca reescribir, perplejo pero tímidamente esperanzado, como desde una nueva inocencia, el próximo gran relato. Ya escribió la primera línea, se la comunican a voces los integrantes de la multitud, entre ellos y a los que hoy siguen cabildeando en sus covachas para ver cómo se reparten los despojos del país que destruyeron. Dicen: «Nosotros, los ciudadanos, no toleramos una mentira más, un atropello más, una burla más. Nosotros, el pueblo, les retiramos el mandato representativo y reasumimos plenamente la soberanía».



Chris Lebeau: *Autorretrato*, 1935, óleo sobre lienzo, 41,5 x 31,5 cm.
Museum voor Moderne Kunst, Arnhem, en depósito del Instituut Collectie Nederland